

LO TERRIBLE Y LO MÁGICO
EN LA NARRATIVA DE ESPIDO FREIRE
(A propósito de su novela *Soria Moria*)

Cecilia Domínguez Luis

El país de Nunca Jamás, el de las Maravillas o el Reino de las Hadas siguen siendo los lugares que permanecen ocultos en nuestra memoria y a los que nos gustaría visitar de vez en cuando por si así recobramos algo de nuestra infancia, demasiado escondida en el fondo de nosotros mismos, cubierta por nuestra incapacidad o nuestra vergüenza que intentamos disfrazar con la excusa de la falta de tiempo.

Un nuevo y mítico país, desconocido hasta ahora por muchos de nosotros, aparece en esta excelente novela de Espido Freire, editada por Algaida: *Soria Moria*. Un lugar de leyenda en el que, como en los anteriores, el tiempo se detiene y cualquier cosa es posible.

Espido Freire, joven ganadora del premio Planeta 1999 con su novela *Melocotones helados*, ya nos tiene acostumbrados- en el mejor sentido de esta frase- a transitar por el mundo de lo imaginario y lo onírico, contraponiéndolo a un mundo terrible y real, pero no por ello menos atrayente. Desde su novela *Irlanda*, aparecida en 1998, en la que las tensas relaciones de su protagonista con los demás la hacen refugiarse en el mundo de los sueños, hasta la novela que hoy presentamos, pasando por *Diábulus in música*, donde realidad y fantasía se fusionan o *Nos espera la noche*, en la que una niña entiende el lenguaje de los caballos, el mundo de la imaginación, a veces feliz y otras veces sombrío, está presente en los personajes y en los espacios que llegan a convertirse en lugares simbólicos.

No es de extrañar pues que, *Soria Moria* sea ya, desde su título, una novela en la que un nuevo territorio legendario se ofrezca como espacio paralelo al real y cotidiano. Un espacio que como San Borondón, es esquivo a todo aquel que se afane en buscarlo, ya que solo el azar puede conducir hasta él.

Pero ¿por qué este lugar de ficción en una novela que trata de hechos y personas tan cercanas a nuestra realidad? Pues porque, precisamente, la fantasía implica la aceptación de un mundo que no se rige por nuestras normas ni por

nuestra lógica cotidiana y porque a través de los objetos, hechos o realidades de ese mundo imaginario, reconocemos los deseos y también los fantasmas de cada uno de nosotros. Y los protagonistas de esta novela, al igual que los de la vida, necesitan visitar esta especie de país de nunca jamás para evadirse de una realidad que los atenaza.

La novela se inicia con una carta que Scott, uno de los protagonistas, destinado al frente en la Guerra del 14, escribe a su prima Isabella desde una trinchera. En ella se aprecia su visión desencantada de la vida, la conciencia y la inquietud que le hacen anticipar un final que, se gane o se pierda, no tiene sentido.

La carta es toda una reflexión sobre la inutilidad de la guerra, sobre las mentiras que la justifican- llámense patria, honor, etc-, sobre la pérdida de la inocencia y la deshumanización del hombre en el campo de batalla.

Y así escribe: “Sólo conseguimos saber algo más sobre los soldados que hemos matado; eso no resulta agradable. Hay vidas y niños allí, atrapados en las cartas y en las fotografías. Por lo general, no pensamos en ello”.

Es aquí, entre las líneas que escribe Scott, donde el lector se tropieza por primera vez con Soria Moria; pero sólo le es dado conocer ese extraño nombre y la sospecha de que es un lugar de encuentro donde todo es o puede ser más hermoso.

Finaliza la carta con una nueva desazón que nos hace presentir el final del protagonista cuando dice:”no deseo pensar en el futuro porque, como las ondulaciones de la trinchera, quién sabe qué esconde”.

Y es que estamos ante una novela del desencanto, del paso del “mundo feliz” de la niñez y la adolescencia al mundo calculador y mendaz de los adultos. Un salto que van a dar los cuatro protagonistas de esta historia, Dolores, Isabella, Scott y Thomas que sienten cómo su mundo se desmorona sin que nada puedan hacer para evitarlo.

Como ya nos adelanta la contracubierta del libro, Dolores Hamilton e Isabella de Betancourt son dos adolescentes que pertenecen a una clase social determinada: la alta burguesía agraria que, procedente de Inglaterra (en el caso de Dolores) se afincan en Tenerife, y cuyos componentes forman un núcleo muy cerrado desde el que, incluso, observan con reticencia a sus propios compatriotas cuando llegan por vez primera a la isla, y sólo se relacionan entre ellos o con los

canarios que pertenecen a su misma clase social. Una sociedad en la que las apariencias, los matrimonios por conveniencia y la educación de las mujeres para tal fin, arrastran todos los convencionalismos decimonónicos.

Sin embargo, la infancia de nuestras protagonistas, poco conscientes de su destino, transcurre feliz entre las clases dadas por una institutriz “normanda e imponente” y las relaciones y juegos, muchas veces crueles entre amigos, elegidos, a su vez, por sus familias.

Pero Dolores e Isabella, no son adolescentes al uso, pues sus reflexiones y actuaciones son tales que llegan a desconcertarnos, sobre todo al comprobar que en ellas no existe el sentimiento de culpa, ni el menor remordimiento; solo el temor a ser descubiertas.

A ese mundo, al parecer carente de problemas, llegan Scott y su amigo americano Thomas que, aunque acogidos en un principio con ciertos reparos, pronto se integran en el ambiente familiar de las dos muchachas y su irrupción va a ser el desencadenante de un cambio en sus vidas. Cambio en el que Cecily Hamilton, la madre de Dolores que es, al mismo tiempo, un personaje representativo de las mujeres de su época y clase social, va a tener un papel muy importante.

Mujer orgullosa, pendiente de las apariencias y convencida de su poder sobre los demás miembros de su familia, incluido su marido, el mayor Hamilton, al que ella misma tacha de pusilánime cuando le dice a su hija mayor: “Tu padre es débil y confía en los demás. Yo no.”, no se permite una debilidad y tampoco se lo permite a sus hijas.

Estas, sobre todo Dolores, se mueven entre la admiración hacia su madre y la necesidad de un afecto que no reciben. Así, Dolores “estaba segura de que su madre la quería, como también la quería ella, a pesar del pánico que le inspiraba, aunque sabía que nunca, ni en un millón de años la igualaría en nada.” Y es que Cecily, y por extensión las madres de la época, son quienes se encargan de introducir a sus hijas en el mundo de los adultos, con unas reglas a seguir sin rechistar y, sobre todo, con la elección y conquista del hombre adecuado que perpetúe progenie y fortuna.

A partir de la carta que inicia la novela, se produce un cambio de registros, pasando a un narrador en tercera persona y a una curiosa estructura en la que unos capítulos de apenas dos páginas se van a intercalar como reflexión o conclusiones de los anteriores. Hay que señalar, además, que estamos ante una narración que parte de un esquema previo que la escritora va rellenando con anécdotas y sucesos, y donde van a producirse saltos temporales que nos remiten a una época muy concreta – el año que va desde el verano de 1913 al de 1914- y a unos espacios también muy precisos: El Valle de La Orotava, Santa Cruz y Fuerteventura. Espacios realmente significativos, no solo por ser perfectamente localizables y reconocibles, sino por la influencia que ejercen sobre los protagonistas.

Así, Fuerteventura, una isla seca y árida, desprovista de médicos, de farmacia y de escuela, con una población analfabeta y resignada es, no obstante, un lugar de libertad para los más jóvenes, que están allí con apenas vigilancia, aunque, quizá por eso mismo, esta libertad produce en ellos, sobre todo en las muchachas, una suerte de desazón e inseguridad que las lleva a un deseo de hacer maldades, a idear unas formas de causar dolor que realmente nos inquietan, y que parece una especie de rebelión contra una naturaleza en la que no logran integrarse. Al mismo tiempo, esta isla provoca en la señora Hamilton una actividad inusitada, como si “aquel aire seco la despertara”, lo que no ocurre durante su estancia en La Orotava, que le produce una inactividad casi morbosa y “un resentimiento tenaz e interminable”.

Santa Cruz es el contraste: la ciudad, cuyo puerto va creciendo en importancia gracias a las navieras propiedades de estas familias inglesas. Lugar de residencia habitual de los protagonistas y donde van a encontrar la leyenda que les conducirá a Soria Moria.

Estamos pues ante unos espacios en los que los personajes adolescentes de esta novela van a intentar formar su personalidad, en una sociedad que cada vez se les va haciendo más compleja y que parece ofrecerles solo dos alternativas: o bien ajustarse al engranaje social en el que están inmersos, sacrificando sus deseos y su libertad, o bien intentar una inútil rebeldía que, con toda seguridad, sólo los llevaría a su propia aniquilación.

Esta atmósfera opresiva nos lleva, inevitablemente, a recordar novelas del siglo XIX como *Orgullo y prejuicio* o *Sentido y sensibilidad* de Jane Austen que todos conocemos, sobre todo después de que han sido llevadas al cine; una autora que, no por casualidad es estudiada, junto a Charlotte Bronte en el libro de Espido, *Querida Jane, querida Charlotte*, una obra que se mueve entre el ensayo y el “viaje emocional”

Las novelas de Austen, al igual que *Soria Moria*, nos presentan unos pequeños núcleos sociales cuyos protagonistas son adolescentes que pronto tendrán que enfrentarse a las convenciones y renuncias a los que les obligará su inserción en la vida adulta. Pero, a pesar de la posible influencia de estas novelas, pienso que toda la obra narrativa de Espido Freire se inserta en una novelística que, a partir de las dos guerras mundiales, empieza a presentar con frecuencia el mundo de la infancia y la adolescencia y en la que se produce una tensión entre los individuos, la historia y la naturaleza.

En el caso de *Soria Moria*, los protagonistas, al enfrentarse con el mundo real, el de su sociedad y también con el de “los otros”, los desprotegidos, los pobres, en definitiva, con lo que sucede más allá de las cancelas de sus jardines, lo rechazan y pretenden evadirse refugiándose en ese espacio mágico de la mitología escandinava que convierten en suyo.

Y es que la actitud de los adultos no puede entenderse a través de esa primera mirada adolescente. Por eso nuestros protagonistas tienen que enmascararse, duplicarse a sí mismos para cruzar esa frontera que los lleve al país donde no existe la muerte, al castillo de Soria Moria donde cualquier deseo puede hacerse realidad. Porque realmente, el origen de todo lo imaginario, de esa ensoñación que los lleva a crear otros lugares posibles, está en el mundo de las emociones, de los deseos y los afectos y también en el miedo hacia lo por venir. Y una novela como *Soria Moria* tiene mucho que ver con este mundo afectivo, con las emociones y las preocupaciones de su autora. Por eso, al irse desarrollando los acontecimientos de esta historia, aparece la visión crítica de una sociedad que supedita los sentimientos individuales a sus intereses y a las apariencias, crítica que se nos ofrece a través de la ironía que aparece a lo largo de la novela, como un bien utilizado recurso por el cual el lector entra en ese juego de distanciamiento y cercanía que le permite sacar sus propias conclusiones. Así vemos que al lado de reflexiones serias y graves, como la

de Scott en la trinchera, aparecen frases con un gran sentido irónico como “Se había quedado prendado de sus tobillos, entrevistados bajos las faldas modernas de las que Linda Hamilton era una escandalosa defensora” o los consejos que Cecily da a su hija cuando le dice “te perdonarán que seas estúpida, que seas lenta de entendimiento o ignorante...Pero no tendrás escapatoria si no sigues la moda”.

Hasta ahora, la vida de nuestros adolescentes había estado a salvo de cualquier amenaza, pero de pronto, por decisión de los adultos, las cosas cambian, y es entonces cuando entra en escena Soria Moria, ya casi a la mitad de la novela, justo en el momento en el que los protagonistas se enfrentan con ese mundo real que los aguarda y cuando, sin miramiento alguno, se ven cara a cara con lo negativo, con la indiferencia, con el engaño y con el dolor, algo tan inherente a la vida como el amor o la amistad.

Soria Moria es la frontera, la barrera con la que intentan rechazar ese mundo, aun intuyendo que sus destinos están unidos indefectiblemente al tiempo en que viven, a la pertenencia a una sociedad y a una cultura, donde el mecanismo de los prejuicios y de unas expectativas planificadas se llevará, al final, la victoria.

Y es en este lugar imaginario donde se establecen los ritos de iniciación que acaban por implicarnos a todos, pues por ellos ponemos en juego todo nuestro interior, nuestros deseos, emociones y miedos, enfrentados a lo que nos viene de fuera.

Pero no son solo estos los niveles de realidad que aparecen en esta novela pues, como otra constante en la narrativa de Espido Freire, aparece otro espacio, tal vez el más perturbador, ya que el lector no sabe en qué tipo de realidad está situado. Me refiero a ese lado oscuro y terrible, ese espacio subterráneo donde tiene lugar el odio, la venganza, la crueldad y la tortura cotidianas y al que nos conduce el personaje que, a mi entender, es el más inquietante y contradictorio de la novela: Dolores. Una adolescente que, como los demás, se da cuenta de que ya no es posible regresar a Soria Moria, que la realidad del adulto se va imponiendo irremediabilmente, pero que eso no va a impedirle su ensoñación, la invención de otros escenarios donde llevar a cabo sus más oscuros y crueles deseos.

¿Espacio ficticio o real? ...Nada se nos aclara en esta novela, y es a los lectores - y así debe ser- y no a mí, a los que corresponde ir desentrañando las claves que la autora les propone en este libro donde los diferentes niveles de realidad forman una mezcla atrayente y perturbadora a la vez.

Milan Kundera dice que “una novela no es una confesión del autor sino una investigación sobre lo que es la vida humana, dentro de la trampa en la que se ha convertido el mundo”, palabras a las que me sumo al hablar de *Soria Moria* y a las que añado algo que siempre he pensado y es que, la excelencia de una novela no reside solo en su estudiada estructura, en su buen ritmo narrativo o en el acierto de sus personajes, sino también y sobre todo en la capacidad de hacernos reflexionar sobre nuestra manera de ser y estar en el mundo. Y creo que esta novela de Espido Freire lo consigue.

Alegrémonos por ello.

14 Enero 2008